

perspicaz reina doña María, enfrenaba, sin que sintiese el freno, al terrible Guzman, para que no corriese á Granada á hacer pedazos al asesino de su hijo.

XIX.

A doña María la causaba horror la sangre.

Su noble alma no comprendía la venganza, y estaba siempre dispuesta al perdón.

Decía con todo el calor de su fé cristiana, que la justicia debe dejarse entera á Dios, que ha hecho al hombre para probarle sobre la vida, para glorificarle ó condenarle despues de la muerte.

Por otra parte, don Juan era hermano del rey, su último hermano, y ya mas de una vez doña María habia salvado á don Juan del justo furor de don Sancho.

La reina y solo la reina era el escudo que protegía al infante don Juan de la justa venganza de Guzman el Bueno.

Este se decía todos los dias y á todas horas:

—Primero el rey y la reina mis señores: ellos me quieren aquí, ténganme: tal vez amanezca un dia claro en que yo, libre de mis obligaciones de vasallo y de caballero, pueda lanzar mi caballo por el camino al fin del cual se encuentre el buen infante don Juan.

XX.

Pero este, que no creía ni en el buen corazón de la reina su cuñada, ni en la cobardía ni en el perdón de Guzman el Bueno, se estremecía, creyéndole siempre encima.

Pasaba el mal pecador del infante don Juan una vida de perros, como suele decirse.

Mojammet-ben-Nazar le festejaba, le atendía, le honraba, le

llevaba á sus cacerías, le convidaba á sus zambras, le sentaba casi diariamente á su mesa, le tenía sobre sus ojos, le llamaba su hermano, le habia dado una de sus mas hermosas casas de placer, habia puesto á su servicio sumisos esclavos y hermosísimas esclavas, le habia rodeado de fausto y de esplendor; pero el receloso infante desconfiaba, y comprendía, sin engañarse, que el rey de Granada se alegraba de que don Juan se hubiese puesto en sus manos, que le tenía en rehenes, y que para ocultarle el cautiverio, se lo doraba y se lo cubría de flores.

Estaba esto en la política del prudente Mojammet: tenía fija su mirada en Castilla: agonizaba el rey don Sancho: la falta de dispensa de su casamiento con doña María Alfonso de Molina, hacia ilegítimos á sus hijos: una multitud de ambiciosos se agitaban alrededor del rey moribundo como cuervos hambrientos de carne muerta: Aragon mantenía en su poder, en rehenes, á los hijos del infante don Fernando el de la Cerda: el rey de Francia estremaba su influencia en la córte romana para que los hijos de Sancho IV y de doña María de Molina no fuesen legitimados por la concesión de la dispensa del parentesco de los padres: el infante don Enrique, atento á todo esto, tenía fijos sus ojos en la corona de Castilla: los Haros y los Laras estaban en acecho para engrandecerse inmoderadamente á la primera ocasión, y la revuelta nobleza castellana, acostumbrada desde las turbulencias del reinado de Alfonso X á la rebeldía, amaba la guerra civil, porque en ella encontraba su medro, vendiendo sus servicios, su honor y sus mesnadas á quien mejor se los pagaba: el reino andaba mal regido y pobre; sin valor la justicia; sin ejercicio el derecho, y todo era confusión, desorden, caos.

La corona se veía obligada á humillaciones continuas que no podía evitar, porque estaba rodeada de traidores.

Y todo esto que el prudente y sabio Mojammet-ben-Nazar veía claro en Castilla, le hacia apreciar en su verdadero valor á un infante, hermano del rey, en quien muerto Sancho IV, dada la ilegitimidad de sus hijos y el mejor derecho que el infante tenía como hijo de Alfonso X sobre los nietos de aquel rey, los

infantes de la Cerda, vendria á recaer la corona de Castilla á beneficio sin duda del deseo de paz del reino.

Porque las naciones se estremecen ante las revoluciones, que son el desquiciamiento, la inversion de todo, el secamiento de los veneros de la riqueza pública, el hambre, la inquietud, las luchas, la sangre, y por cúpula sombría de todo esto, la epidemia, la terrible peste negra (si nos refiriéramos á hoy diríamos el cólera) que de tres en tres años diezmaba á España, aterrándola como una maldición de Dios.

Si llegado un momento favorable, el infante don Juan rompía por la frontera granadina sobre Castilla, aliado de Mojammet, llevando tras sí un formidable ejército, á cuyos esfuerzos debiera sentarse sobre el trono de San Fernando su abuelo, llegado el momento de las indemnizaciones, era evidente que el monarca musulman podia recobrar lo que la victoriosa espada de San Fernando habia arrebatado á los reyes sus predecesores.

XXI.

No se ocultaban estos propósitos de Mojammet-ben-Nazar al infante don Juan: y si doblez habia en el afecto y en las honras que el rey de Granada afectaba dispensar al infante don Juan, doblez y colmada habia en este cuando besaba las rodillas del rey de Granada, y le llamaba su padre, y se confesaba su vasallo.

A don Juan le apretaban los muros de Granada, le atormentaban, ansiaba verse libre de ellos.

Fácil le hubiera sido, porque era bastante astuto y disponia de un servidor tan astuto, tan sagaz y tan bravo como Aben-Tayde, y de otros inferiores que no lo eran menos, haber escalado con la sombra los muros, haber seguido adelante por entre el revuelto laberinto de las montañas, y haber salido atravesando la montañosa wailia de Guadix á tierras de Murcia, y haber adelantado con seguridad hasta la córte castellana, tanto mas

cuanto que poseia una real cédula de su hermano el rey don Sancho, en que aparecia que este le llamaba á su lado por la gravedad de su dolencia.

Ya conocemos este documento; le hemos oido leer por un cuadrillero de la Santa Hermandad bajo el arco de la primera torre del puente de San Martin de Toledo.

Pero lo que entonces no dijimos por que no venia á cuento, lo decimos ahora.

Aquella real cédula era falsa: el infante, desde Granada, habia enviado un correo secreto á su mayordomo don Jonás, remitiéndole el testo de la cédula y mandándole hiciese falsificar de tal modo escritura y sello, que nadie pudiese dudar, ni aun el mas conocedor de estos documentos, de su autenticidad.

Y como don Jonás tenia deudos y amigos entre los judíos de Toledo, y como los judíos eran en aquel tiempo, por su gran riqueza y por su afan de ganancia los receptores de los tributos, y por esta razon poseian muchos albalaes, cartas y cédulas reales, fácil les fué la falsificacion de la letra de uno de los secretarios asíduos del rey, la de su firma, la de su signo, la de su sello de plomo.

A los tres dias de haber llegado á la casa fuerte de los Cigarrales, el mensajero del infante se volvió, llevando al infante la real cédula, que este guardó para usarla no pasado mucho tiempo.

XXII.

El infante ansiaba verse libre del dominio del rey de Granada, desde que supo la gravedad mortal de la dolencia del rey; pero queria llevarse consigo algo que le sirviese de una poderosa influencia para con el rey de Granada.

Don Juan no queria la ayuda material de Mojammet-ben-Nazar: le estorbaba un ejército granadino, ejército al fin de infieles, que debian mirar con aversion los castellanos como mi-

raron á los que llevó de Africa el emir Abu-Yusuf para socorrer á don Alfonso el Sabio.

Sabia demasiado el infante que en Castilla sobraban soldados, bravos aventureros, dispuestos siempre á tomar un sueldo y á combatir por el sueldo sin mirar á la justicia ni á la honra de la causa porque combatian.

Lo que se necesitaba, pues, eran tesoros, y el rey de Granada los poseia inmensos.

La cuestion era obligar al rey de Granada á que soltase su oro.

Y daba vueltas á su malvada y fecunda imaginacion el infante, y no encontraba medio que le llevase al logro de su objeto, y escitaba su imaginacion, y siempre en vano: no hallaba manera de abrir para él las cerradas arcas de Nazar-el-Ansarí.

XXIII.

Pero un dia en que rey é infante paseaban bajo una bóveda de laureles en el real Djene-al-Arife, el mismo rey de Granada procuró una inspiracion á su buen amigo el infante don Juan.

Acababa de mirar desde aquella altura á sus piés, la Alhambra, con su magnífico conjunto de torres y muros, con sus brillantes techumbres de tejas vidriadas, produciendo á la luz del sol que descendia los mil cambiantes del iris: á la derecha de Djene-al-Arife, las altas colinas del Monte Sacro uniéndose al altísimo monte de Aynadamar: sobre su falda, los rojos muros y las fuertes torres, en cuyo centro, en la parte mas alta, se elevaba la de Beni-Zeytum, puerta alta entonces del camino de Guadix: bajo aquellas murallas, al otro lado del valle del Darro, el florido Albaicin con los cien alminares de reluciente techumbre de sus mezquitas: á la izquierda de la Alhambra el cerro de Al-Baul con sus mazmorras donde gemian tantos cautivos cristianos, donde tantas almas fuertes habian alcanzado la palma del martirio, donde estaba aún fresca la sangre del obispo de Jaen,

don fray Pedro Pascual de Valencia, á quien venera la iglesia con la advocacion de San Pedro Mártir, y cuyo nombre lleva hoy una de las calles de Granada: por encima, y despues de un escalonamiento de montañas, la gigantesca punta de Muley-Hacen con su inmenso alquicel de nieve: en lo profundo, la estendida vega con su valladar de montañas, con sus innumerables acequias, con su claro Genil, que la atraviesa como una cinta de plata, y que va á perderse por el puerto de Loja: lo diáfano de la luz, lo dulce del ambiente, lo maravilloso del efecto, y Mojammet habia dicho lleno de complacencia al infante:

—Sidy Juan, mi buen hijo, ¿te parece que hay en el mundo nada tan hermoso como lo que estamos contemplando? ¡bendito sea Allah que lo crió!

—Verdaderamente, mi buen padre Sidy Mojammet, que tus alcázares, torres, jardines, ciudad y vega de Granada son la maravilla de las maravillas, recuerdo del Paraíso que destina Dios á los santos y á los justos.

—¿Y crees tú, contestó sonriendo, satisfecho Nazar-el-Ansarí, que Dios no ha creado en su infinita misericordia una hurí para este paraíso?

—Huríes son las hijas tuyas, segun cuenta la fama, contestó el infante.

Y decia la verdad; porque de las hijas del rey Mojammet II decian maravillas los que las conocian.

—¿Y has oido tú hablar de Zayda Fatima, la mayor de mis hijas? preguntó creciendo en complacencia el emir al infante.

—No, mi buen padre, contestó don Juan, posando una rápida mirada escudriñadora en los benévols y nobles ojos del nazarita.

—No es extraño, contestó el rey, porque yo guardo á mi hija Zayda Fatima como un tesoro, y muy pocos de mis leales caballeros la han visto.

—Por leal no me tienes, contestó el infante, porque no me has dejado contemplar su hermosura.

—Zambra tendremos esta noche en estos jardines para celebrar las buenas hadas de un infante que me ha dado mi esposa

la sultana Kairah: haré que mi hija Zayda Fatima asista á la fiesta y que baile la *xeiz* contigo: pero guárdate mi buen hijo Sidy Juan de poner en ella la mirada irreverente, porque tan hermosa es y tal merced me ha hecho Dios en dármela, y tan costosa me ha sido, como que su nacimiento mató á su madre, la que yo mas amaba de mis sultanas, que he consagrado á Dios su pureza: mírala con la limpidez de alma conque mirarias á un arcángel del sétimo cielo.

—¡Oh, cuánto la amas, mi buen padre Sidy Ben-Nazar!

—¡Que si la amo! ¿ves tú toda esa hermosa maravilla que tenemos ante los ojos? ¿sientes tú el fuerte corazon que alienta en mi pecho? (y el rey asió una mano del infante y se la puso sobre su costado izquierdo.) ¿Crees tú en las delicias del Paraíso que el potente y misericordioso Allah concede á los justos y á los mártires? ¡oh! no me castigue Allah por mi idolatría por mi hija: mi ciudad de Granada con sus alcázares, sus torres, sus jardines y su vega, mi hermosa Málaga, mi resplandeciente Almería, mi fructífera Ronda, mis bravas Alpujarras en que se crían los leones mas feroces de mi ejército, mi corazon, mi parte del Paraíso, todo, todo lo daria yo sin vacilar por mi hermosa, por mi buena Zayda Fatima.

—¡Ah! exclamó de una manera singular el infante, y para encubrir la intencion de su exclamacion, añadió: en verdad, en verdad que amas mucho á tu hija, mi buen padre Sidy Mojammet.

—Verásla esta noche, y te parecerá la noche radiante dia iluminado por el resplandor de su hermosura.

XXIV.

En efecto, aquella noche, en una de las admirables salas de Djene-al-Arife, entre la cadenciosa y melancólica armonía de la zambra, aspirando el suave perfume de esencias de Oriente, á

la lánguida luz de lámparas de seda, alabastro y nácar; entre la magnificencia de una corte voluptuosa, el infante don Juan fué presentado por el rey Mojammet á su hija mayor la sultana Zayda Fatima, que en un estrado cubierto con un paño de tela de oro y piedras preciosas, sobre riquísimos almafares, presidia la fiesta, teniendo junto á sí á su hermano, el pequeño infante recién nacido, á quien servia de cuna una concha de oro, rodeado de las hermosísimas doncellas que representaban las buenas hadas.

El infante se sintió subyugado por tanta hermosura, por la inmaculada pureza, por la altiva majestad de la jóven sultana Zayda Fatima.

Vestia, completamente de blanco, tres vaporosas y sutiles túnicas de tela de plata y seda; ceñia su cintura un chal de la India del color del cielo de la mañana; rodeaba su cabeza en señal de castidad una bella corona de nardos y siemprevivas, y sus largas y pesadas trenzas negras, brillantes como el ébano pulimentado, la caían por delante hasta anudarse en un joyel de perlas, tocando la orla de su túnica.

Era morena, con ese puro, encendido y delicado moreno de las hijas del Mediodía de España: la vista apreciaba la escesiva suavidad de su tez: los dos dulces arcos de sus cejas negrísimas coronaban sus ojos oscuros y profundos como la noche, melancólicos como el silencio, castos y puros, y al par iluminados con un fuego recóndito, dulce, que parecia emanar de un alma de ángel: y si la belleza, la gran belleza, es la grande armonía de las formas, del color, de la juventud, de la vida, en el conjunto de ese que se llama sér humano, nada tan hermoso, tan puro, tan resplandeciente, tan jóven, tan embriagador, como la sultana Zayda Fatima.

Era la reina del sarao: y habia allí enérgicas hermosuras que habian visto la luz en las montañas del Cáucaso; indolentes hijas de la Persia; nubias de ardientes ojos negros como el ébano; esa mujer incomparable que vive desconocida entre las breñas de las Alpujarras; la malagueña irresistible; la viva morena de Almería; las motrileñas de traidores ojos; ese conjunto, en fin, de bel-

dades que eran y son una de las escelencias de las ricas y bellas comarcas andaluzas.

XXV.

Enamoróse, como podía enamorarse don Juan, cuyo único amor era la ambicion.

Pero en cambio, la infanta Zayda Fatima sintió una viva repulsion, una poderosa antipatía á la vista del infante, y solo habló y danzó con él obedeciendo á su padre.

XXVI.

Concluyó la zambra muy avanzada la noche.

Las sillas de manos, las literas, los palanquines se derramaron por las vertientes de Djene-al-Arife en direccion á la ciudad.

Un africano, un berebere de raza pura envuelto en un ancho ropon de escarlata con capacete dorado y armas doradas, Ben-Tayde, en una palabra, alcaide de los escuderos del infante don Juan, formaba parte del magnífico acompañamiento de una ostentosa silla de manos dorada, conducida por esclavos negros.

Dos largas hileras de jóvenes pajes vestidos con ricas preseas que llevaban en las manos gruesas hachas de cera olorosa, se extendían á los dos lados de aquel brillante acompañamiento, formado no solo por los esclavos de la sultana, sino tambien por altos dignatarios del reino y por renombrados caballeros que sabian cuán grato era al rey Mojammet se rindiese aquel homenaje á su hija predilecta.

XXVII.

Djene-al-Arife no estaba separado entonces del real alcázar de la Alhambra por ese pedregoso y pendiente barranco flanqueado de una parte por altas cortaduras, y de otra por los muros de la Alhambra, y que hoy sirve principalmente de lúgubre camino para su última morada á los que han cumplido su destino sobre la tierra.

Entonces, por la parte que hoy se llama la Puerta de Hierro, corria un ancho pasaje que ponía en comunicacion á Djene-al-Arife con la Alhambra, penetrando en esta por encima de la hoy llamada Torre de los Picos, porque conserva las almenas reales que en otro tiempo orlaban todo el recinto de la Alhambra de Djene-al-Arife, de los Halijares, del Haza de la Escaramuza, viniendo á cerrarse pasando por el castillo de Torres Bermejas y por la puerta del Leuxar en la alta torre del Homenaje de la Alcazaba que hoy se llama la torre de la Vela.

Por el pasaje que hemos dicho ponía en comunicacion á Djene-al-Arife con la Alhambra, por los jardines de la parte alta del alcázar, por la Puerta Judiciaria, por las frondosas avenidas que conducían á la de Leuxar, por la calle y plaza de los Gome-res y por las estrechas callejas del barrio del Hajeriz, llegó la sultana Zayda Fatima á la ferrada puerta de la Alcazaba Vieja ó Kadima, y penetrando en lo que propiamente podía llamarse Albaicin, y cerca de la grande Aljama ó mezquita mayor de aquel barrio, entró por la puerta dorada de un magnífico palacio, de cuyos muros bruñidos y alicatados arrancaban vivísimos destellos las hachas de los pajes.

Una numerosa guardia de bravíos zenetes defendía la puerta por la que entró acompañada únicamente de sus pajes, de sus esclavos y de sus doncellas, que eran conducidas en otras sillas menos ricas, la sultana Zayda Fatima.

Cerráronse apenas pasaron la infanta y su servidumbre las

puertas de bronce dorado ricamente labradas, y quedóse fuera el acompañamiento de honor, dispersándose en seguida cada cual en su dirección los magnates y caballeros que le habían formado, precedidos por sus pajes, provistos de hachas, para hacer posible la marcha entre la oscuridad á través del laberinto de las estrechas y altísimas callejas del Albaicín.

La casa ó el palacio donde había entrado la sultana Zayda Fatima era el conocido por Casa de los Mármoles, á causa de la riqueza de los que se habían empleado en su construcción.

El barranco de San Juan había sido despojado de gran parte de sus alabastros, de sus jaspes, de sus serpentinatas: las crónicas árabes parece que se ocupan de un palacio encantado de las *Mil y una noches* cuando hacen la descripción de esta maravilla, de la cual no quedan hoy ni aun vestigios.

XXVIII.

En aquella casa inmensa y enriquecida en el interior por estensísimos jardines, moraba la encantadora hija del rey Mojammet-ben-Nazar, recluida casi en clausura, de la cual no salía sino con suma repugnancia rara vez, y obedeciendo el mandato de su padre y señor para asistir á alguna de las grandes solemnidades de la corte.

En aquella reclusion la acompañaban veinticuatro doncellas nobles, hijas de los principales caballeros del reino, y hermosas á maravilla, que como ella habían ofrecido á Dios su castidad.

Ningun hombre podía pasar en aquel alcázar de cierto límite vedado, so pena de la vida, y el solo hecho de observar por fuera las celosías siempre cerradas de los ajimeces y miradores del palacio, traía sobre el imprudente que era sorprendido en aquel atrevimiento un severo castigo.

XXIX.

Sin embargo, Ben-Tayde, que se había quedado solo delante del palacio despues de que se cerró su puerta y se dispersó el séquito de honor de la sultana, protegido por la oscuridad, reconoció como pudo el recinto del palacio, y se detuvo audazmente junto á un pequeño postigo que daba á una estrecha callejuela, medianera por aquella parte entre la Casa de los Mármoles y la grande Aljama.

Vió que sobre este postigo había un arco que servía sin duda para poner en comunicación la mezquita con el palacio, tanteó la madera del postigo, y vió que era alerce viejo, claveteado con estrellas de hierro.

Esperó embebido en el hueco del postigo durante una hora, y vió que por allí no pasaba nadie.

Salió del hueco, siguió reconociendo, encontró las embocaduras de dos callejas, y cuando estaba en una de ellas sintió pasos, se retiró al interior de la calleja, y á poco vió pasar por su estrecha desembocadura un kaid viejo con un farolillo en la mano, al que seguían cuatro ballesteros zenetes.

—La ronda, murmuró Ben-Tayde, no importa; mi señor se ha enamorado de la hermosísima sultana; sus treinta escuderos y yo somos bastantes para robársela al poderoso rey de Granada.

Y tras estas palabras, Ben-Tayde tomó el camino de la casa de su señor.

Pero como esta se encontraba situada fuera de la Alcazaba Vieja, la cerrada puerta de esta le detuvo, y por mas que declaró era alcaide de los escuderos del señor rey de Castilla don Juan, que este título se daba en Granada el infante, el kaid de la guarda de la puerta no consintió en franqueársela, y todo lo que supo hacer en obsequio de un tan alto servidor de un tan respetable príncipe, fué consentirle que pasase lo que quedaba de noche al